

El número de asalariados informales creció un 10,7% en el sector privado y un 12,5% en el público. Se trata de personas con horario y jefes, pero sin protección social, resultado de incentivos que llevan a empleadores y trabajadores a evitar contratos para ahorrar costos o conservar beneficios estatales, priorizando liquidez sobre seguridad futura.

El fenómeno golpea con crueldad los extremos de la vida: jóvenes (38%) y adultos mayores (56%). Estos últimos, empujados por pensiones insuficientes y una esperanza de vida que supera los 80 años, se ven obligados a reingresar a un mercado que los margina formalmente después de los 50 años.

Finalmente, la irrupción de la IA y la automatización está barriendo con las ocupaciones elementales. Si no actuamos, en una década tendremos una masa laboral obsoleta y excluida.

La informalidad no es una etapa de transición; hoy es una trampa que se consolida frente a nuestros ojos.

*Guillermo Riquelme*  
*Docente en Trabajo Social U. Autónoma*

### **Vivir en UF**

Señor Director:

Durante años, la UF fue presentada como una herramienta técnica para proteger el valor del dinero frente a la inflación. Sin embargo, para miles de familias chilenas, dejó hace tiempo de ser un indicador financiero neutral. Hoy, la UF se siente como una barrera social silenciosa que encarece la vida mes a mes.

Con una UF bordeando los \$40.000, los créditos hipotecarios, arriendos, planes de salud, colegiaturas y múltiples servicios reajustables se han transformado en una carga cada vez más difícil de sostener. El problema no es solo económico; también es emocional. Muchas personas trabajan, cumplen horarios extensos y aun así viven con la sensación constante de no alcanzar nunca estabilidad.

La clase media chilena parece atrapada entre salarios que avanzan lentamente y costos que aumentan de manera automática. Mientras la UF continúa creciendo, también se profundizan fenómenos como el agotamiento financiero, la incertidumbre y la frustración cotidiana, afectando incluso las expectativas de

movilidad social y bienestar.

Quizás llegó el momento de abrir una discusión más amplia sobre los efectos que este mecanismo tiene hoy en la vida cotidiana de las personas y sobre cómo avanzar hacia un mayor equilibrio entre estabilidad económica y calidad de vida para los hogares.

*Sandra Alcina De Fortoul*  
*Académica U. Autónoma de Chile*

### **¿Para qué educar?**

Señor Director:

Los últimos episodios de violencia en escuelas chilenas han reactivado diagnósticos conocidos: problemas de convivencia, falta de recursos y debilidades institucionales. Sin embargo, en medio de estas explicaciones, persiste una omisión más profunda: seguimos evitando la pregunta esencial: ¿para qué educamos?

El problema no es solo la crisis del sistema escolar, sino que nos hemos acostumbrado a pensar la educación en clave técnica, pero no en clave de sentido. Cuando el sentido se debilita, la educación puede seguir funcionando, pero deja de formar.

En las escuelas, profesores y equipos directivos intentan educar en una clave más profunda: formar personas, acompañar trayectorias, generar comunidad. No es indiferencia lo que habita nuestras aulas. Sin embargo, ese esfuerzo cotidiano suele chocar con un sistema que mide la calidad en parámetros distintos. Así se produce una fractura silenciosa: cuando lo que se mide no coincide con lo valioso, lo esencial queda desplazado.

La tradición humanista, en especial la cristiana, ha sido clara: educar es formar integralmente a la persona y orientarla al bien común. No basta con mejorar indicadores; urge reconstruir un horizonte compartido. Ello implica revisar qué entendemos por calidad educativa y el lugar que ocupan disciplinas como la filosofía, la historia, el arte y la religión.

Preguntarnos “¿para qué educar?” es preguntarnos por la persona que estamos formando y la sociedad que estamos construyendo. Y esa es una pregunta que no podemos seguir postergando.

*Patricio Jaramillo Fernández*  
*Director U. Finis Terrae*